

REG

4/2024 (7) NOVIEMBRE - DICIEMBRE

ISSN electrónico: 2697-0511

REVISTA DE ESTUDIOS GLOBALES

ANÁLISIS HISTÓRICO Y CAMBIO SOCIAL

SUMARIO

PRESENTACIÓN

| | | |
|--|--|-----|
| HÉCTOR HERNÁN DÍAZ GUEVARA Y CARMEN M ^a CERDÁ MONDÉJAR | La historia se repite dos veces. Tragedia y farsa en la política contemporánea: el caso de la Guerra Fría | 7 |
| JUAN ÁLVAREZ GARCÍA CANO | Recursos estratégicos y asistencia económica en el umbral de la Guerra Fría. El Plan Marshall y La Economic Cooperation Administration en la agenda geopolítica de la seguridad estadounidense | 15 |
| CARLOS ALBERTO MARTÍNEZ HERNÁNDEZ | Protesta y Sobrevive. La censura de libros como práctica cotidiana en las bibliotecas estadounidenses durante la Guerra Fría: 1960-1969 | 61 |
| JOSÉ CARLOS CARDOZA PORTILLO | La Voz de La Liberación en Guatemala y Radio Swan en las Islas del Cisne: los proyectos de propaganda de la CIA en Centroamérica | 97 |
| NANCY JANET TEJEDA RUIZ | Hacia una historia conectada y comparada de los partidos comunistas de México y España durante las décadas de los años setenta y ochenta | 119 |
| MANUEL NÚÑEZ | Independencia de las instituciones: Uno de los muchos legados de la Guerra Fría | 135 |
| GUILLERMO FERNANDO RODRÍGUEZ HERREJÓN | Investigación ¿Los videojuegos son políticos? Algunas reflexiones sobre la representación de la Guerra Fría en medios digitales | 199 |
| HÉCTOR HERNÁN DÍAZ GUEVARA | El fin del neoliberalismo y la génesis de una segunda Guerra Fría: una breve historia del papel de la nostalgia en la construcción de un nuevo orden mundial (2014-2024) | 223 |

ESTUDIOS

| | | |
|--------------------------------------|---|-----|
| FRED SPIER | The State of the World Today and considering its future viewed from a Global Historical Perspective | 247 |
| JOHN BROWN Y ATENEA JIMÉNEZ LEMON | El chavismo en crisis: Desafiando desde abajo el giro neoliberal-autoritario del PSUV en Venezuela | 281 |
| HUGO CELSO FELIPE MANSILLA | Las aporías de la razón contemporánea y la necesidad histórica de la democracia pluralista. El pensamiento crítico de la Escuela de Frankfurt en la era de su impugnación | 313 |
| PAUL PRESTON | Gran Bretaña y la Campaña Vasca de 1937: El Gobierno, la Armada Real, el Partido Laborista y la prensa | 335 |
| CARMEN M ^a CERDÁ MONDÉJAR | Medio rural y modernización educativa en la primera mitad del siglo XX: proyectos de Misiones Culturales en México y Misiones Pedagógicas en España | 367 |

El fin del neoliberalismo y la génesis de una segunda Guerra Fría: una breve historia del papel de la nostalgia en la construcción de un nuevo orden mundial (2014-2024)*

Héctor Hernán Díaz Guevara

Centro de Relaciones Internacionales
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM
México

Resumen: La recuperación del concepto de Guerra Fría con miras a ordenar un nuevo orden mundial que responda a las capacidades y alcances de la gran estrategia estadounidense se ve interpelado por las actuaciones de los otros dos actores con capacidad de movilización extrarregional: China y Rusia. En el presente trabajo hacemos un ejercicio de historia aplicada a las relaciones internacionales donde nos proponemos presentar el desarrollo del concepto de Guerra Fría desde sus remembranzas nostálgicas por un mundo que —en teoría— era más previsible como lo fue el de la postguerra hacia la construcción de un nuevo sistema donde Washington, Moscú y Beijing ponen a prueba sus estrategias de cara a un eventual sistema multipolar formado entre la crisis de Crimea de 2014 y la elección antiliberal de Donald Trump en 2024.

Palabras clave: Guerra Fría; Estados Unidos; China; Rusia; Nostalgia; Liberalismo; Gran Estrategia; Tecnología; Sur Global; Neoconservadurismo.

The End of Neoliberalism and the Genesis of a Second Cold War: a Brief History of the Role of Nostalgia in the Construction of a New World Order (2014-2024)

Abstract: The recovery of the concept of the Cold War with a view to ordering a new world order that responds to the capabilities and scope of the American grand strategy is challenged by the actions of the other two actors with the capacity for extraregional mobilization: China and Russia. In this work we carry out an exercise in history applied to international relations where we propose to present the deve-

*Este artículo fue desarrollado en el marco de la estancia posdoctoral de la DGAPA-UNAM que el autor realizó en el CRI-FCPyS bajo la tutoría de la doctora Mariana Aparicio Ramírez.

lopment of the concept of the Cold War from its nostalgic recollections of a world that—in theory—was more predictable as was the post-war world towards the construction of a new system where Washington, Moscow and Beijing test their strategies in the face of an eventual multipolar system formed between the Crimean crisis of 2014 and the anti-liberal election of Donald Trump in 2024.

Keywords: Cold War; United States; China; Russia; Nostalgia; Liberalism; Grand Strategy; Technology; Global South; Neoconservatism.

En tanto gran modelador de ideologías la industria cinematográfica se las vio en apuros durante la década de los noventa para reemplazar a ese gran otro que constituía el comunismo, tal y como se ve en la producción angloamericana *GoldenEye* (Campbell, 1995), que muestra el regreso del espía británico James Bond. Allí, este antiguo *coldwar warrior* comenzaba enfrentando a sus enemigos habituales en una fábrica de armas químicas en la Unión Soviética de donde salta unos años después a enfrentarse a nuevos actores —terroristas, ladrones sin una ideología definida— que se le revelaban en medio de un cementerio de desvencijados monolitos de estrellas rojas, estatuas y bustos de Lenin y Stalin. Este montaje cinematográfico establecía que, de las ruinas del otrora imperio, surgían los nuevos males del mundo; con ello, señalaba una difusa línea de continuidad entre las amenazas del pasado y los riesgos del presente a los que se enfrentaba el sistema de libertades que el Servicio Secreto de su Majestad defendía.

La caída de la URSS llevó al anuncio del fin de la historia y con él, la llegada del orden unipolar. Empero, lejos de poner fin a las contradicciones la década del noventa trajo consigo nuevos miedos que Hollywood supo representar en *The Pacemaker* (Leder, 1997) que, contextualizada en el caos que sucede a la disolución de la URSS, muestra como una de las armas atómicas soviéticas cae en manos de un grupo terrorista que amenaza con detonarla en Nueva York; dicha situación de crisis lleva a recordar con nostalgia la estabilidad internacional del sistema de Guerra Fría, omitiendo que ésta se sostuvo sobre ingentes arsenales nucleares y el riesgo de la Destrucción Mutua Asegurada (MAD). Pocos años después la película *Lord of War* (Niccol, 2005) recogió un argumento similar pues, en plena Guerra contra el Terrorismo, se explicita que los depósitos de armas en Europa del este —resguardados por gobiernos que ya no le deben ninguna lealtad a Moscú— terminaron alimentando al terrorismo mundial.

En todo caso, estas películas reflejaron no solo los temores y anhelos del momento sino que basados en la incontestable inestabilidad común a toda el

área de influencia histórica de Rusia construyó una imagen de un gobierno en Moscú débil, incapaz de mantener el orden y contribuir a la estabilidad del nuevo orden internacional. En todo caso la ficción iba de la mano con la realidad, pues el gobierno ruso se vio abocado a usar el ejército con frecuencia ya fuera para lidiar con grupos separatistas —que no pocas veces recurrieron al terrorismo con el fin de exigir concesiones al Kremlin— o para imponer sus términos en otros países, tal y como sucedió en Osetia del Sur en 1992 o en Georgia durante 2008 dan fe del papel de Rusia en las últimas tres décadas y que han llevado a Vladimir Putin a señalar repetidamente a la caída de la Unión Soviética de ser «la mayor catástrofe geopolítica del siglo».

Son estos los antecedentes que permiten ubicar en un contexto más amplio la crisis de 2014 en la que se ubica el Euromaidán, movimiento prooccidental que forzó la salida del presidente ucraniano Víktor Yanukóvich (2010-2014) y que desencadenó la anexión rusa de la península de Crimea y el inicio de la guerra del Dombás, conflicto que estuvo acompañado de denuncias de crímenes de guerra por ambos bandos.

Una relevante e imprevista consecuencia derivada del contexto de inestabilidad posterior a 2014 fue que la opinión pública —tanto en Rusia como en los Estados Unidos— comenzó a recuperar conceptos de la Guerra Fría, términos que traslucían cierto hábito de nostalgia por el mundo del siglo XX al que se presentaba con frecuencia como uno más estable y previsible (Hanhimäki, 2014), siendo esto un reflejo de lo que el cine venía mostrando desde años atrás.

Fue de este modo que las crisis de Crimea y del Dombás pese a que evidenciaron posiciones claramente diferenciadas entre occidente y Rusia no fueron pocos los analistas y académicos de ambos bandos los que vieron indicios de un preámbulo de una segunda Guerra Fría; esta fue la conclusión a la que llegó Dimitri Trenin (2014), director del Centro Carnegie de Moscú. Por su parte Robert Legvold (2014), investigador del Fondo Carnegie para la Paz Internacional, matizó que si bien las diferencias entre la primera Guerra Fría y el conflicto surgido en 2014 eran más que notables, era imperioso para las partes involucradas extraer del pasado marcos procedimentales de cara al futuro, pues los años de postguerra parecían ser los únicos capaces de ofrecer un marco mental para navegar las dificultosas aguas de un enfrentamiento asimétrico en el siglo XXI entre Washington y Moscú.

En síntesis, la crisis ucraniana de 2014 fue una más en la serie de conflictos a los que Rusia se enfrentó en la esfera postsoviética que reflejaban las dificultades de Moscú por acomodar sus intereses geopolíticos dentro del mundo basado en reglas. No obstante, una década más tarde, en 2024, el conflicto de Ucrania no solo no se solucionó sino que escaló y se sumó a varios conflictos

que han trascendido al área de influencia histórica de la URSS, pululando escenarios de crisis en África, Oriente Medio y el Mar de China.

El papel activo de las grandes potencias en estos conflictos recuerdan al mundo de la Guerra Fría, haciendo que extrapolar categorías de análisis del periodo de postguerra sea útil para pensar —ya no solo la segunda mitad del siglo XX— sino también el pasado reciente. De este modo la Guerra Fría ya no pertenece solamente al ámbito de la nostalgia cinematográfica, sino que se ha convertido en una idea útil para describir la disputa por el liderazgo mundial que entre 1989 y 2024 ejercieron de manera hegemónica los Estados Unidos (Sanz y Sáenz, 2022; Schindler et al., 2024).

En el presente ensayo nos enfrentamos a la anterior problemática partiendo de un enfoque que por momentos se sitúa en la historia del presente (Olstein, 2021; Fazio Vengoa, 2010), perspectiva de la que buscamos extraer herramientas para hacer un ejercicio de historia aplicada al estudio de las relaciones internacionales. Considerando lo anterior nos preguntamos por las razones que llevaron a occidente, liderado por los Estados Unidos, para que en un lapso de una década se pasara de la evocación del recuerdo nostálgico del mundo de postguerra a dar paso a la formulación real de una segunda Guerra Fría, este proceso nos ha llevado de paso a inquirir por la postura de las otras grandes potencias —la Federación Rusa y la República Popular China (RPCCh)— frente al regreso de dicho sistema.

Nuestra hipótesis es que el retorno a un sistema de Guerra Fría aupado por Washington se debe a una crisis del mundo basado en reglas —derivado de la expansión geopolítica del liberalismo— para ordenar sus intereses en concordia con los de Moscú y Beijing. Señalado lo anterior, nuestro objetivo general es demostrar que, si bien la gran estrategia¹ rusa y china terminó por entrar en contradicción con el sistema del mundo unipolar, esta disputa no quiere decir que el nuevo sistema de Guerra Fría impulsado por los Estados Unidos sea semejante al del periodo de postguerra por adolecer de la base ideológica que sostuvo a aquel.

Dicha interpretación la desarrollaremos en tres objetivos; primero, en *Rusia: del mundo basado en reglas a la nostalgia* nos preguntamos por qué la gran estrategia de Rusia resultó incompatible con el sistema unipolar; segundo, en *Chi-*

1 Entendemos gran estrategia en los términos sugeridos por John Lewis Gaddis, para quien el término comprende «[...] el alineamiento de aspiraciones potencialmente ilimitadas (los fines) con capacidades necesariamente limitadas (los medios)» (Lewis Gaddis 2019, 35). Cabe resaltar que pese a los debates abiertos sobre si la gran estrategia es un término aplicable para estudiar los objetivos internacionales de los pequeños y medianos países, en el presente ensayo reducimos este concepto en sus acepciones tradicionales: es decir, limitándonos a usarlo para estudiar a los Estados Unidos, Rusia y China.

na: riesgo para la hegemonía y alianzas estratégicas, donde inquirimos el porqué del sistema de Guerra Fría se crea contra China; y tercero, en *Estados Unidos: el liberalismo a debate y el regreso de Donald Trump* presentamos un análisis que induce a pensar que las herramientas del liberalismo —útiles, según Brands y Gaddis (2021) para ganar la primera Guerra Fría— resultaron en un fracaso a la hora de enfrentar una segunda, lo que llevó a un viraje de la política internacional de los Estados Unidos hacia el neoconservadurismo, más acorde con su gran estrategia, lo que se refleja en la elección de Donald Trump para un segundo periodo presidencial (2025-2029) y las dificultades para establecer un sistema ideológico más allá del liberalismo.

Rusia: del mundo basado en reglas a la nostalgia

Cada momento histórico trae consigo ideas y conceptos que lo interpretan. Si el mundo de posguerra hizo de común conocimiento el miedo a la MAD —representado en la película *Dr. Strangelove* (Kubrick, 1964)— para explicar la posibilidad de aniquilación de la civilización como consecuencia de un conflicto nuclear entre soviéticos y estadounidenses; «cortina de hierro», para referirse a los países del socialismo realmente existente; «no alineados» o «tercer mundo», para aludir a las naciones de lo que hoy conocemos como «sur global»; la era que se abrió paso tras el fin de la Guerra Fría trajo también su propio vocabulario y uno de los términos asociados al mundo unipolar es el de *World Rules Based Order*.

Este mundo basado en reglas venía a consolidar las ideas asociadas al orden internacional liberal: el multilateralismo, la reducción del Estado, el fomento del libre comercio y en general, la primacía de los valores e instituciones norteamericanas que llevó a que los sistemas demoliberales se convirtieran, ya no en un modelo excepcional, minoritario e ideal a seguir —premisa útil como propaganda en el siglo XX (Belmonte, 2008)— sino en el sistema mayoritario no solo en occidente sino también entre los países del sur global y del escenario postsoviético, incluida Rusia. La unipolaridad y el mantenimiento de este sistema viene ligado íntimamente a la gran estrategia estadounidense posterior a la Guerra Fría.

La expansión ilimitada del sistema norteamericano era una consecuencia apenas previsible del desarrollo filosófico del liberalismo, pues en tanto ideología universalista parte del supuesto de que sus valores tenderían a expandirse indefinidamente. En ese sentido es posible afirmar que la asimilación dentro de los sistemas liberales de los países que surgieron tras la disolución de la URSS implicaba la justificación de incorporarlos a occidente.

Para Müllerson (2017) las razones ideológicas esgrimidas —en este caso por Washington— para aceptar la incorporación a su sistema de alianzas de los países de Europa central y oriental son argumentos que buscaban encubrir las razones geopolíticas de los norteamericanos². Volviendo sobre este argumento, vale la pena añadir que pueden surgir conflictos entre los objetivos de un Estado y la ideología protegida por el mismo, llegando inclusive al caso que el sostén filosófico que en algún momento resultó útil a sus intereses vitales deje de serle funcional o inclusive, que se convierta en un obstáculo para su gran estrategia. Fue precisamente el avance irrestricto del liberalismo el que acabó por entrar en contradicción con la realidad geopolítica que, en tanto disciplina de la geografía humana, está necesariamente dominada por límites y fronteras (Flint, 2006).

De cara a pensar las contradicciones entre los objetivos geopolíticos de un Estado y su ideología bien vale la pena volver sobre los necesarios límites geográficos, que en el caso del escenario postsoviético —señala Emmanuel Todd (2012)— eran demasiado extensos y los vacíos de poder dejados por la extinta URSS sumamente complejos para ser abordados por una sola potencia mundial, en este caso los Estados Unidos.

Washington pudo haber abordado esta situación de dos formas, una donde promoviera la existencia de una Rusia fuerte, que pese al fin de la URSS se mantuviera como centro histórico del poder político y militar de Europa del este y de Asia central; en tanto Moscú ya no representaba una alternativa política distinta, bajo esta tesis sería factible tender puentes de entendimiento para lograr su integración a occidente. En la segunda opción los Estados Unidos podían construir una estrategia cimentada en mantener vivo el miedo a Rusia y una estrategia ofensiva que menoscabara el poder del Kremlin en sus fronteras; hoy sabemos que esta fue la opción a seguir, desestimando una eventual alianza entre Rusia y los países occidentales.

En últimas, esta estrategia le permitió a los Estados Unidos fortalecer su poder en lo que Todd denomina como «las dos colonias norteamericanas»: Oriente medio y Europa occidental; incorporando a esta última antiguas regiones allende los Cárpatos, donde Rusia había tenido parte fundamental de sus intereses desde el siglo XVIII (LeDonne, 2004).

2 Este enfoque encontraba sostén, como se ha anticipado, en el desarrollo del planteamiento liberal pues, como señala Müllerson «[...] las razones geopolíticas detrás de movimientos y actos concretos de política exterior, a menudo se ocultan detrás de justificaciones ideológicas» (Müllerson, 2017). De modo tal que las razones que explican por que a Rusia se le vetó el ingreso en occidente, a pesar de que compartía el mismo sistema institucional y económico, tienen que pasar por una revisión de los objetivos geopolíticos de los Estados Unidos pues es en ellos donde surgen las respuestas que permitan comprender las necesidades de mantener aislada a Moscú.

Fue el conflicto abierto entre el liberalismo y la geopolítica el que llevó a que los Estados Unidos buscasen impedir que la Federación Rusa, pese a abrazar su mismo sistema filosófico liberal, se convirtiera en un socio en condiciones de igualdad dentro del mundo basado en reglas. La decisión de Washington de imponerle nuevos límites geográficos a Moscú no buscaban dejarle fuera del sistema internacional, sino dibujar fronteras que expresaban la nueva realidad geopolítica surgida de la unipolaridad y que tenía por objeto impedirle a Rusia actuar dentro de sus esferas históricas de interés.

El interés de Washington por consolidar la nueva geografía geopolítica en Europa le llevó a torpedear cualquier tipo de alianza estratégica entre sus socios occidentales y Rusia, lo que contrasta con la estrategia del Kremlin por buscar una asociación en profundidad con los países socios de la Unión Europea. Esta es una realidad que se puede comprobar en el marco de la visita del presidente de Rusia, Vladimir Putin, a Berlín del 25 de septiembre de 2001 durante la cual el dirigente ruso pidió en frente del Bundestag al gobierno alemán terminar de una vez por todas con los resagos de la Guerra Fría «dejando atrás los clichés» que impedían una colaboración efectiva entre su país y occidente; en su discurso el líder ruso señaló a los asistentes que:

Hoy debemos decir de una vez por todas: ¡la Guerra Fría ha terminado! Hemos entrado en una nueva etapa de desarrollo. Entendemos que sin una arquitectura de seguridad moderna, sólida y sostenible nunca podremos crear un clima de confianza en el continente, y sin ese clima de confianza no puede haber una Gran Europa unida. Hoy debemos decir que renunciamos a nuestros estereotipos y ambiciones y que a partir de ahora trabajaremos juntos por la seguridad de los pueblos de Europa y del mundo en su conjunto [...] hoy Rusia es una parte bastante dinámica del continente europeo. Además, no sólo lo es en el plano político, sino también en el económico, lo que es especialmente alentador. La estabilidad política en Rusia está garantizada por una serie de factores económicos, y en particular por uno de los sistemas tributarios más liberales del mundo. [...] Al mismo tiempo, estoy convencido de que sólo una cooperación paneuropea a gran escala y en igualdad de condiciones permitirá lograr avances cualitativos en la solución de problemas como el desempleo, la contaminación ambiental y muchos otros. Estamos decididos a estrechar nuestra cooperación económica y comercial (Putin, 2001).

Este es un texto que debe ser atendido partiendo del hecho de que los objetivos rusos desde la década del noventa consisten en el mantenimiento del Estado a través de hacer una política de contención de daños de las pérdidas

geopolíticas que vinieron con la disolución de la URSS y que por tanto, buscaba mantener el papel de Rusia como una potencia históricamente preponderante en Europa pero bajo una estrategia distinta a la seguida durante la Guerra Fría, cuyos últimos vestigios Putin buscaba demoler³.

Con esto en mente, el fragmento del discurso de Putin permite notar que la Federación Rusa compartía —al igual que todos los países occidentales— la búsqueda del desarrollo compartido y unas regulaciones arancelarias laxas encaminadas a favorecer el libre comercio; el anterior es un hecho que la Unión Europea reconoció, al aceptar a Rusia como una economía de mercado en 2002, fecha desde la cual se generó un flujo comercial creciente entre las partes que daba fe de su complementariedad.

Otro aspecto que no se debe pasar por alto es que este discurso se pronunció en el marco de la respuesta estadounidense tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 para la que se alistaba a movilizar a sus aliados occidentales, particularmente a los de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Así, el llamado de Putin para vincular a Rusia en la construcción de una arquitectura de seguridad moderna puede ser interpretado como la oportunidad de Moscú por lograr una vinculación efectiva de sus intereses con occidente.

De este modo Rusia no solo trabajaría en asuntos de seguridad de manera conjunta con occidente, donde su actuación no se limitaría a la ayuda puntual que Moscú pudiera ofrecer a los norteamericanos por su experiencia en Afganistán o atendiendo la amenaza terrorista a la que se enfrentaba sistemáticamente desde hacía una década. No obstante, la actitud del Kremlin dejaba entrever un interés de integración iba mucho más allá de una colaboración coyuntural, llegando a plantearle a Washington un posible ingreso de las Fuerzas Armadas de Rusia a la estructura de la OTAN, intención que el propio Putin reconoció en una entrevista al periodista californiano Tucker Carlson (2024). Como sabemos hoy, esta hipotética alianza nunca fue tomada en serio.

Las justificaciones detrás de esta decisión de los norteamericanos de impedir un acercamiento de Rusia y Europa son de distinto calibre y una de ellas pasa por las tesis que un siglo antes el geógrafo británico Halford J. Mackinder había esbozado en torno a la «teoría del corazón continental» o «pivot geográfico de la historia». Bajo esta interpretación, que en buena medida ha

3 La búsqueda de esta alianza con Europa debe leerse en el marco de la gran estrategia rusa en el siglo XXI que, de acuerdo con Céline Marangé en teoría es fundamentalmente defensiva, pero en tanto Rusia no duda en movilizar al ejército para defender sus intereses vitales, lo que hace que su estrategia sea ofensiva en la práctica (Marangé, 2019, 50).

entrado en desuso, es factible considerar que el temor de que al eje París-Berlín que controla la Unión Europea pudiera sumarse también Moscú, lo que podía hacer que los intereses europeos corrieran por cuenta propia al margen de Washington y fue esto lo que llevó a que los Estados Unidos detuvieran el proceso de integración europeo con el que Putin soñaba en su discurso de 2001.

Convencer a Europa de su incompatibilidad con Rusia no fue fácil puesto que éstas dos presentaban muchos elementos de compatibilidad, por lo que fue necesario dividir la relación en dos aspectos: el económico y el político/militar.

En el primer rubro Todd ya señaló en su momento que para una fecha tan temprana como 2001 el intercambio entre Rusia y Europa era de 75'000.000.000 USD; mientras entre Rusia y Estados Unidos era de tan solo 7'500.000.000 USD, diez veces menor. Con el transcurso de los años esta cifra no hizo sino incrementarse, llegando en el año 2021 a presentar un flujo comercial de 257'000.000.000 USD, convirtiéndose Europa de este modo no solo en el principal destino de las exportaciones de Moscú sino que era a su vez el principal inversionista en Rusia, esto según cifras de la Comisión Europea.

Mientras que en el segundo aspecto no solo se ignoró la incorporación de las Fuerzas Armadas de Rusia a la OTAN sino que, pese a la desaparición del Pacto de Varsovia, la alianza transatlántica no cambió sus objetivos estratégicos; por el contrario continuó la expansión de sus fronteras.

De este modo desde el colapso de la URSS ingresaron a la alianza militar Hungría, Polonia y República Checa en 1999; Bulgaria, Estonia, Letonia, Lituania, Rumanía, Eslovaquia y Eslovenia en 2004; a Georgia y a Ucrania se les prometió su ingreso en 2008, finalmente desestimado por el veto de Alemania y Francia; en compensación, este mismo año —y amparada en la Guerra contra el Terrorismo— Washington fomentó el rearme de armas intercontinentales con motivos de supeusta defensa frente a la amenaza de países no amistosos, sistemas cuya instalación en Europa fue vista por Rusia como una seria amenaza (Pacheco 2024, 20-21). Con ello no cesó la expansión de la OTAN, pues Albania y Croacia ingresaron en 2009; Montenegro en 2017; y Macedonia del Norte en 2020.

Los europeos hicieron caso omiso de los riesgos de la inestabilidad política que ocasionaría esta expansión militar por la supuesta reducción de la belicosidad entre países que compartían sistemas demoliberales y un creciente comercio (Mearsheimer, 1990). La estabilidad y amistad que conllevaba el comercio —pregondada por los filósofos del liberalismo desde el siglo XIX— está sintetizada en la conocida afirmación de Frédéric Bastiat «donde entra el

comercio no entran las balas» de la que bien podría señalarse que es una de las bases ideológicas del mundo basado en reglas. De este modo, es el comercio pero sobre todo —agregamos nosotros— las bases militares de Estados Unidos desperdigadas por el mundo las encargadas de cuidar esta *pax americana*.

Con el paso del tiempo las advertencias de John Mearsheimer sobre los desequilibrios del sistema construido tras el fin de la Guerra Fría cobraron fuerza pues sus señalamientos en las postrimerías de la URSS sobre que la paz vivida en Europa durante la posguerra fue una consecuencia del equilibrio militar del sistema bipolar⁴ —con unos bloques fuertes y límites definidos— y que la alteración de este orden por la expansión del liberalismo y de la OTAN solamente acarrearía nuevas guerras y crisis que ni el intercambio comercial ni las semejanzas entre sus sistemas de gobierno lograrían detener (Mearsheimer, 1990, 8).

La primera advertencia de la tesis de Mershaimer apareció corroborada en el contexto de las guerras yugoslavas (1991-2001). Esta sucesión de crisis continuó en la guerra de Rusia contra Georgia de 2008 y luego, en la Crisis de Crimea y la Guerra del Dombás de 2014 y finalmente, en la invasión Rusa de Ucrania en 2022, amparada —entre otras razones— en un supuesto interés de Kiev por ingresar en la alianza transatlántica. Fue este último conflicto el que irónicamente dio el impulso más grande al desacople de las economías rusa y europea, así como un nuevo capítulo en la política de expansión de la OTAN, pues llevó a que ingresaran a la alianza transatlántica Finlandia en 2023 y Suecia, en 2024.

Esta política de confrontación entre democracias que se encontraban fuertemente entrelazadas económicamente vino a señalar las contradicciones entre la expansión del liberalismo con la gran estrategia rusa y su posición dentro del mundo basado en reglas.

Podemos señalar que durante los veinte años siguientes al fin de la Unión Soviética la política exterior de Rusia estuvo marcada por un acercamiento a occidente que involucraba tres ejes: uno, la adopción de un sistema demoliberal; dos, la complementariedad económica con Europa; y tres, el planteamiento de un entendimiento en materia de seguridad. En este sentido, las razones geopolíticas de Rusia para adoptar este enfoque pasaban por el supuesto de

4 Por razones distintas, Tony Judt coincide con Mershaimer a la hora de señalar que la Guerra Fría fue la principal responsable no solo de la prosperidad vivida en Europa durante la posguerra sino de su estabilidad política, pues los conflictos políticos regionales -que en otras ocasiones hubieran derivado en guerras y violencia- ahora eran supeditados a la lógica de un conflicto que los trascendía, supeditando sus asuntos domésticos «dentro del contexto de las confrontaciones y negociaciones de las grandes potencias, sobre las que los europeos no tenían apenas ni voz ni voto» (Judt, 2018)

que una alianza con occidente sería más efectiva a la hora de proteger sus intereses estratégicos en sus áreas de influencia en lugar de la confrontación que caracterizó a la Guerra Fría; sin embargo, la confrontación en sus áreas de interés y las dificultades de Rusia para que sus objetivos geopolíticos fueran considerados —particularmente, frente al avance de la OTAN— ha llevado a que este país iniciara abiertamente desde 2014 un proceso de desacoplamiento con occidente, mismo que vino precedido de un retorno nostálgico a la Guerra Fría, perspectiva en la que coincidimos con no pocos autores (Krickovic, 2014; Markova, 2020) y que se refleja en que cerca de dos terceras partes de habitantes de la Federación Rusa extraña a la Unión Soviética⁵.

Este enfoque es el mismo que se ha hecho presente en películas y series de televisión que reflejan el desencanto ruso con occidente (Khinkulova, 2012), llegando inclusive a ser modeladora de su diplomacia pública donde se han intentado recuperar los logros científicos de la Unión Soviética y trazar líneas de continuidad entre el mundo de la postguerra y el presente⁶.

Llegados a este punto, es posible pensar que el desacople con occidente iniciado desde 2022 ha llevado al Kremlin a plantearse que volver a un sistema de Guerra Fría no solo está enmarcado en un hálito de nostalgia sino que regresar a este sistema podría ser incluso beneficioso para sus intereses, pues la búsqueda de un mundo donde Moscú sea visto como uno de sus polos podría acarrearle el reconocimiento de su área histórica de influencia así ello signifique volver la espalda a occidente⁷.

En este sentido, queremos hacer eco de lo señalado por Kendall y Kofman para quienes la guerra iniciada contra Ucrania en 2022 vendría precisamente en el sentido de revertir el orden europeo posterior a la Guerra Fría a través de «inaugurar un nuevo sistema internacional que otorgue a Rusia el estatus y la influencia que Putin cree que merece» (Kendall-Taylor y Kofman, 2025).

5 Según sondeos de diciembre de 2021 —antes de la invasión de Ucrania— la cifra de «nostálgicos de la URSS» alcanzaba el 62% de la población, cifra que escalaba hasta el 76% en las personas mayores de sesenta años; no obstante, entre los menores de 30 años —es decir, quienes no conocieron al comunismo en persona— no existe tal recuerdo, siendo el quintil de la población que menos nostalgia siente por la URSS, sentimiento que tan solo alcanza a un 28% de los jóvenes (EFE, 2021).

6 Un ejemplo significativo de lo cual es la diplomacia sanitaria puesta en marcha por Moscú en el marco de la pandemia de COVID-19 en 2020, donde la vacuna Sputnik —que recuerda al célebre satélite soviético— fue presentada en un tiempo record, con altos índices de eficacia y con una patente liberada para quien quisiera producirla pudiera hacerlo, con lo que Rusia buscaba presentar un mensaje claramente opuesto a occidente tal y como la URSS lo fue en su momento (Manor y Pamment, 2022).

7 La resistencia de la economía rusa ante las sanciones impuestas por occidente después de la anexión de Crimea en 2014 y luego, su recrudescimiento entre 2022 y 2024 tras la invasión militar masiva muestran que desde el Kremlin se estaban preparando desde hacía tiempo para evitar un shock económico, reemplazando gradualmente a sus socios comerciales y haciéndose de las reservas internacionales necesarias.

China: riesgo para la hegemonía y alianzas estratégicas

¿En qué forma se complementan las lecturas de Mershaimer y Dobb? Por una parte para ambos es notoria la contradicción entre las máximas del liberalismo y las realidades de la geopolítica que en algún momento obligarían a los Estados Unidos a buscar un sistema semejante al de la Guerra Fría, pues el orden de postguerra era el único que permitía cierta estabilidad geopolítica al proyecto norteamericano. Ante ello vale la pena preguntarse si son estas razones las que han llevado a que polule la idea en los medios occidentales de un retorno —que ha trascendido la nostalgia— a las categorías de la Guerra Fría desde la crisis de 2014.

La apelación nostálgica al periodo de postguerra fue identificada por Hanhimäki (2014) hace diez años, y este retorno estuvo dominado por tres factores por él identificados: el primero es la idea del equilibrio del mundo bipolar, que sostenía que el miedo a la MAD era garante del orden internacional; el segundo, es la idea de la unidad bipartidista de la política interna, donde demócratas y republicanos parecían tener miras comunes, en contraste con la aguda polarización de la política estadounidense desde 2001; finalmente, el tercero, presenta la idea de la excepcionalidad americana que venía a fijar que sus valores eran los mejores en oposición al autoritarismo y estatismos soviéticos.

La tesis de Hanhimäki viene a demostrar que el interés estadounidense por volver a la Guerra Fría hace una década respondía a una lectura inadecuada de las lecciones extraídas del pasado, no solo porque las tres supuestas virtudes de dicho sistema son de dudosa veracidad sino porque el orden bipolar en 2014 se veía imposible de conseguir.

Más allá de esta advertencia lo cierto es que desde la publicación de su investigación la recuperación de los términos de la Guerra Fría por parte de occidente no ha hecho sino acentuarse, a tal punto que son muchos los académicos que diez años después dan por cierta la existencia de una segunda Guerra Fría. Las razones que permiten explicar la diferencia entre la inviabilidad del retorno al sistema de postguerra y su realidad hoy radican en que el análisis de Hanhimäki estuvo dominado por la crisis de Crimea de 2014 por lo que obvió que sería China —y no Rusia— la que encarnaría la construcción de ese gran otro capaz de relanzar la idea de una segunda Guerra Fría.

Entre los historiadores que dan por una realidad consumada la existencia de una segunda Guerra Fría destaca Niall Ferguson (2019) quien señala que fue durante la primera administración de Donald Trump (2017-2021) que los Estados Unidos pasaron a adoptar esta estrategia en contra de la RPCh al tiempo que afirma que hablar de una Guerra Fría para describir el deterioro

de las relaciones entre Washington y Moscú desde 2014 es equivocado. Entre otras cosas es posible manejar la hipótesis de que la primera administración de Trump se planteara cierto relajamiento de las acciones estadounidenses en Europa occidental para concentrarse el grueso de sus esfuerzos en la región del Asia-Pacífico⁸, priorizando alianzas militares como el AUKUS y comprometiéndose a fondo con la defensa de la isla de Taiwán, a la que China considera parte inalienable de su territorio.

Las razones que da Ferguson para no sea Rusia sino China la que permitiera la construcción de un sistema de Guerra Fría es que —pese a la propensión del Kremlin por apostar por salidas militares— el riesgo que la RPCh supone para la hegemonía estadounidense es mucho mayor que el que presenta Rusia o que el que presentó la URSS en su momento en tanto China sí supone un riesgo de pérdida de hegemonía para la economía norteamericana (Ferguson, 2019; Díaz, 2023). De este modo, la nueva Guerra Fría se plantea contra China y no contra Rusia como llegaron a sugerirlo en su momento Mearsheimer y Todd.

Empero, la invasión rusa de Ucrania en 2022 tuvo efectos insospechados en la estrategia norteamericana. Por una parte logró el desacople de las economías rusa y europea alejando por décadas el temido eje París-Berlin-Moscú; sin embargo, las sanciones contra Moscú alteraron la táctica trazada en el primer mandato de Trump pues precipitó a Rusia a tejer una alianza estratégica en profundidad con China. Las implicaciones de este movimiento han sido profundas: en primer lugar ha redimensionado las relaciones económicas de ambos países, pues la RPCh al convertirse en uno de los principales mercados para las exportaciones de materias primas de Rusia ha hecho que se convierta en el principal socio comercial de Moscú, al tiempo que China se consolidó como el principal suministrador en el mercado ruso de los bienes que antes provenían de occidente.

Sin embargo, la política se ha convertido en un segundo eje de compatibilidad entre Beijing y Moscú que se ha venido a expresar no solo con la promoción de escenarios multilaterales —del que los BRICS es sin duda el más destacado— sino con una estrategia compartida por la promoción de un sistema multipolar que reemplace la unipolaridad del mundo basado en reglas, donde converge parcialmente la gran estrategia de ambos países.

8 Esta hipótesis ha sido manejada por distintos autores, Mersheimer entre ellos; no obstante, es necesario mencionar que tanto Vladimir Putin como el propio Donald Trump han señalado que fue el mandatario norteamericano el que fortaleció militarmente a Ucrania apoyando la modernización de sus fuerzas armadas.

La situación de la alianza —donde Rusia ciertamente es el socio más débil— ha obligado a mostrar cierta flexibilidad de la gran estrategia rusa, misma que tuvo que llevar al Kremlin a adaptarse a la nueva realidad. Esto le llevó a relajar sus históricos recelos frente a la RPCh que se remontaban al tiempo de los zares⁹, restándoles importancia y reduciéndolos a ser un problema no existencial en comparación con la amenaza que significa a su *hearthland* la presencia militar occidental.

Es por ello que señalamos que la crisis que llevó al escenario de confrontación actual donde Rusia y China parecen hacer frente común en una alianza que fue forzada por los límites geopolíticos del liberalismo —incompatibles con la gran estrategia rusa y china— que llevó a un replanteamiento de la gran estrategia estadounidense. Las consecuencias de ello es que Washington se vio obligado a redimensionar el mantenimiento del sistema unipolar, para recuperar en su lugar el sistema de Guerra Fría que necesariamente implica el reconocimiento de al menos, otro polo así como a matizar su apuesta por el neoliberalismo, concretamente en torno a la deslocalización de sus cadenas productivas y a adoptar medidas proteccionistas en algunos sectores estratégicos.

9 Las dificultades para el establecimiento de esta alianza revisten a una profunda desconfianza y a una aparente incompatibilidad de ambos países. Una rápida revisión de la relación entre el Imperio Ruso y el Imperio Chino muestra que buena parte de la expansión territorial del reino de los zares se hizo sobre áreas de influencia de la china de los manchúes (Paine, 1996; LeDonne, 2004) donde el interés geopolítico de Rusia no terminó con el establecimiento de la URSS sino que continuó con ésta, tal y como se puede ver en el caso de la Mongolia Exterior, Manchuria o Xinjiang (Lukin, 2003), donde la dirigencia soviética no solo apoyó movimientos secesionistas sino que hasta bien entrada la Guerra Fría todavía seguía manteniendo tropas y disputas territoriales como en el sonado caso del incidente de la isla de Zhenbao donde llegó a estar abierta la opción de un ataque nuclear contra China, en parte disuadido por los Estados Unidos, y en parte por el temor soviético a enfrentarse a otra potencia nuclear como lo era China con los riesgos imprevisibles de un tipo de enfrentamiento como este. Ya hemos señalado en otras investigaciones las razones de la disputa Sino-Soviética y la posterior ruptura respondió a la incompatibilidad de los objetivos de Moscú con la gran estrategia planteada de Beijing y fue ésta la que en últimas llevó al giro diplomático que acercó a China con Estados Unidos en la década del setenta (Díaz, 2023b); sin embargo, también es necesario señalar que este giro y las consecuencias que trajo para la URSS tanto en materia militar —llegando a apostar más soldados en su frontera con China que en la frontera con la OTAN— como la derrota diplomática que significaba ver partir hacia el bando occidental a un país que había recibido ingentes apoyos y créditos soviéticos durante la década del cincuenta y que era para aquel entonces la nación más poblada del planeta.

Empero, es en este contexto de finales de la Guerra Fría que junto a la liberalización y apertura promovida por Deng Xiaoping se da además el abandono de Beijing de la teoría de los tres mundos lo que llevó a China buscar relaciones cordiales con todos los países (Yee, 1983) incluida la URSS, que atravesaba a su vez por sus propios procesos de transformación: el Glasnost y la *Perestroika*. Este cambio en las coyunturas de ambos países llevaría gradualmente a la normalización de las relaciones que se cerró finalmente con una visita del premier soviético Mijail Gorbachev a Beijing en mayo de 1989. La reunión de los dos líderes reformistas logró acuerdos significativos a nivel de Estado —adoptando los cinco principios de coexistencia pacífica— y reestableciendo contactos entre los partidos gobernantes, que aseguró el dirigente soviético en reunión con Zhao Ziyang; el bache más relevante en la normalización de relaciones entre ambas naciones fue la falta de acuerdo en torno al problema de Kampuchea (Yi Chu, 1989). Tras la caída de la URSS las relaciones entre China y Rusia dejaron atrás los recelos de la Guerra Fría, sin llegar a ser socios estratégicos; este grado solo se alcanzaría hasta la llegada de Xi Jinping al poder.

La tesis de Ferguson para que Trump apostara en su primer mandato por construir un sistema de Guerra Fría pasan por considerar que las barreras comerciales y tecnológicas impuestas al país asiático eventualmente frenarían el ascenso de china en áreas estratégicas y a través de ellas Washington se encontraría en una situación de fortaleza para una eventual futura negociación con Beijing (Ferguson, 2025).

Estados Unidos: el liberalismo a debate y el regreso de Donald Trump

La transición al sistema de Guerra Fría no es sencilla, primero porque los Estados Unidos desde la administración de Barck Obama (2009-2017) han experimentado sendas dificultades por reenfocar sus esfuerzos concentrados durante décadas en Oriente Medio y llevarlos hacia la región del Asia-Pacífico, que es la que constituye el nuevo «pivot geográfico» de la historia. El desplazamiento de los intereses estratégicos de Washington continuaron con más énfasis con la presidencia de Donald Trump quien vio en la RPCh ya no solamente a un rival comercial, sino también ideológico al que presentó en no pocos documentos oficiales como representantes del marxismo y del autoritarismo en el mundo, argumentos usados para sostener la creación de una nueva Guerra Fría que permitiera cierta conexión con la contienda anterior (Díaz, 2023b).

De forma paralela a las sanciones anunciadas por Trump —y los esfuerzos de Joe Biden (2021-2025) de recrudecer las sanciones contra China— hay que señalar que en el fondo del interés por el sistema de Guerra Fría hay lo que parece ser una suerte de desavenencia ideológica, pues no solo apelar a las sanciones económicas en lugar de la libre competencia contraviene los postulados ideológicos del liberalismo que inspiraron al mundo basado en reglas, sino que además se asumía que el multilateralismo y la búsqueda del libre comercio eran factores clave de la democratización de los países por lo que la plena vinculación de China al sistema económico mundial favorecería su asimilación dentro del sistema demoliberal. La anterior es una situación que no solamente no se presentó sino que la entrada de la RPCh en la Organización Mundial del Comercio a finales del 2001 ha comenzado a ser descrita, por algunos autores como Jeniffer Hillman (2023), como un error estratégico de Washington.

Las dificultades que acarreó la primera administración de Donad Trump y su sucesor, Joe Biden, para poder transformar las sanciones contra China en algo más que un discurso aleccionador sobre proteccionismo económico y convertirla en un sistema de Guerra Fría semejante al de la postguerra se han debido a nuestro parecer a tres razones fundamentales: la primera es co-

mercial; la segunda se centra en el repliegue del multilateralismo; y la tercera, ideológica.

De este modo, llama la atención que China a diferencia de la URSS ha construido su modelo económico no sobre el aislacionismo sino sobre la integración comercial con países tanto del norte como del sur global, que le tienen mayoritariamente con su socio comercial predilecto bajo la política de buscar la prosperidad común (共同繁荣), idea que se remonta al periodo maoísta. Lo anterior ha llevado a que Beijing —de cara al centenario de la fundación de la RPCh, en 2049— se haya propuesto como una política de estado la de evitar a toda costa el establecimiento de un sistema de Guerra Fría (Xi Jinping, 2022); en síntesis, a diferencia de los Estados Unidos y Rusia, China no ha cabalgado en dirección a recuperar el sistema de Guerra Fría¹⁰.

En todo caso, la estrategia de Washington por construir un sistema de Guerra Fría que sirva para aislar a China enfrenta un obstáculo relacionado con el repliegue del multilateralismo iniciado por Trump en su primera administración (Aparicio, 2019; Díaz, 2023a) y que promete continuar como parte de su estrategia desde 2025. Este repliegue representa un problema para Washington porque la referida estrategia comercial China ha sabido ser complementada con iniciativas globales de desarrollo como la Franja y la Ruta, a las que Beijing les ha sumado una apuesta abierta por el multilateralismo, disputando la construcción de instituciones interestatales al liberalismo; así como la defensa de la ONU a la que se presenta como una estructura clave para un orden multipolar.

Ahora, la ausencia de una definición ideológica clara es la tercera razón de la debilidad del nuevo sistema de Guerra Fría, pues pese al intento de Biden por interpretar el conflicto entre Washington y sus aliados contra China y Rusia como producto de la lucha entre autoritarismo y democracia, esta denominación ha probado ser demasiado vaga y no permite leer bajo una misma clave ideológica todos los conflictos que han florecido desde 2019 donde se pueden contar rápidamente a: la Guerra Civil Siria (2011-2024); la Guerra de Ucrania, iniciada en 2022 aunque sus raíces se hundan en 2014; el genocidio

10 Las razones de China para evitar a toda costa un nuevo sistema de Guerra Fría no significa que el uso de la nostalgia en este país no haya tenido usos políticos, al contrario, no han sido pocas las menciones y recuperaciones conceptuales que desde el gobierno chino se han hecho de términos asociados al periodo maoísta, sobre todo para presentar políticas encaminadas a la reducción de inequidades sociales la alusión nostálgica a un movimiento plenamente igualitario como el de los primeros años de la Revolución China es útil. Del mismo modo, la recuperación de cantos de la época de la revolución cultural y la aparición del «turismo rojo», como fenómeno de masas en la RPCh dan cuenta del uso político de la nostalgia; sin embargo, a diferencia de Rusia y los Estados Unidos, este proceso no refleja la búsqueda del retorno a un sistema internacional como el del mundo de postguerra.

palestino (Traverso, 2024) cometido por parte de Israel, justificado en el accionar terrorista de Hamas, proxy de Irán en octubre de 2023; o los distintos conflictos marítimos en el Mar de China, muchos de cuyos reclamos involucran a la RPCCh desde su fundación y que llevan a los reclamos chinos sobre Taiwán y la posibilidad de una guerra directa entre Beijing y Washington si este último interfiere en apoyo del régimen de Taipéi.

En resumen, la lectura de Biden es incapaz de proveer la fuerza ideológica que la pugna entre comunismo y capitalismo y ello constituye una diferencia fundamental con la postguerra, pues este periodo se caracterizó por proveer dos visiones de la modernidad para la humanidad. Si bien, dichos caminos estaban enfrentados entre sí ambos se mostraron capaces de explicar una amplia gama de situaciones y conflictos de variada índole, proveyendo de marcadores de legitimidad¹¹, ciertamente eficaces para comprender la relación del sur global —y de distintos actores, no necesariamente estatales— dentro del escenario de la segunda mitad del siglo XX cuyas acciones podían en todo caso ser leídas en la lógica de la disputa entre la Unión Soviética y los Estados Unidos.

Conscientes de la necesidad de un andamiaje ideológico fuerte para hacerle frente a al nuevo conflicto un porcentaje influyente y significativo de la academia norteamericana, representado por Brands y Gaddis (2021), llegaron a señalar en su momento que de esta segunda Guerra Fría los Estados Unidos saldrían ganadores gracias a sus valores liberales, en oposición a las autocracias a las que se enfrentan: Rusia y principalmente, China.

Irónicamente, pocos años después de estas afirmaciones, las elecciones estadounidenses de 2024 arrojaron el retorno de Donald Trump a la presidencia de los Estados Unidos con el objetivo de dar un giro profundo no solo a la política económica y exterior de su país, pero también con la promesa de darle un cambio de sentido a lo que se entiende por democracia liberal (Diamond, 2024); es decir, la matriz ideológica detrás del triunfo de Donald Trump promete reinterpretar los valores en los que Brands y Gaddis veían las claves de la victoria en una nueva Guerra Fría.

La reacción contra el liberalismo cabalgada por Trump responde a diferentes motivos. Por una parte vale la pena resaltar que el sector más anti glo-

11 «proponemos que los marcadores de legitimidad den cuenta de la aplicación ideológica directa de las estrategias políticas derivadas del mundo de la Guerra Fría y se reflejan en el accionar de los Estados Unidos, la Unión Soviética y la República Popular China. Los marcadores permiten ver la forma en que se construye un relato que contiene una visión particular de la modernidad, ligada a la política internacional de la segunda mitad del siglo XX. Son relevantes porque es a partir de ellos que podemos rastrear cómo los actores estudiados logran legitimar sus acciones locales dentro de una lucha más grande, que les permite conectar sus problemas regionales dentro del gran teatro de operaciones construido en el sistema internacional de la Guerra Fría» (Díaz Guevara, 2022).

balista del Partido Republicano ha hecho una analogía entre globalización, multilateralismo y liberalismo que en buena medida ha logrado sintetizar en torno a una etérea cruzada *antiwoke* que no es exclusiva de los Estados Unidos y que pese a sus matices, comparte rasgos generales con las otras derechas en occidente (Cammaerts, 2022). Dicha cruzada Trump la ha intentado recoger en torno a lo que ha venido a denominar como una revolución del «sentido común».

Kevin Roberts, el presidente del centro de pensamiento neoconservador Heritage Foundation, ha presentado dicho sentido común como «el derecho del pueblo a gobernarse a sí mismo» para que sus comunidades prosperen, perspectiva que opone a la de Washington —a la que cataloga como un «centro de poder izquierdista»— y que junto a los medios de comunicación y la academia clasifican esta «declaración de civismo básico (como un) discurso de odio.» Roberts procede de este modo a enumerar los elementos contra los que se va a dirigir el sentido común: «la apertura, progreso, experiencia, cooperación y globalización» (Roberts, 2023, 9-10), que han sido los valores de los que las «élites progresistas» se han valido para despojar al pueblo americano de su país.

Esta fundación no solo es uno de los *think tanks* más notorios del neoconservatismo estadounidense sino que guarda a su vez una estrecha relación con James David Vance —el vicepresidente electo de Trump en su segundo periodo— y a través del Proyecto 2025 ha señalado abiertamente cuáles han de ser las claves del giro conservador que los Estados Unidos han de tomar en los próximos años, mismos que deben ser leídos en clave del conflicto con China; en la primera página del prólogo del libro *Mandate for Leadership: the Conservative Promise 2025* se lee que el principal enemigo de los valores norteamericanos es la República Popular China:

En el extranjero, una dictadura comunista totalitaria en Beijing está involucrada en una Guerra Fría estratégica, cultural y económica contra los intereses, los valores y el pueblo de Estados Unidos, todo ello mientras las élites globalistas en Washington despiertan lentamente ante esa creciente amenaza (Roberts, 2023, 1).

Y aunque el propio Donald Trump en el marco de su campaña electoral se desmarcó públicamente del Proyecto 2025 la cercanía con esta iniciativa de varios sus antiguos colaboradores, de su vicepresidente y algunas de sus declaraciones —particularmente contra China— resaltan precisamente una correspondencia entre los objetivos neoconservadores de la Heritage Foundation y el sistema de Guerra Fría que los Estados Unidos han impulsado, pero

ahora desde una reformulación del liberalismo que dista de los términos en que se entendió en el siglo XX, resaltando cuatro ejes de acción que consolidan un giro ideológico antiliberal con el que pretenden ganar de nuevo la Guerra Fría¹².

No obstante, esta perspectiva ideológica presenta una diferencia radical con la de la propaganda ideológica liberal de la postguerra pues esta buscaba movilizar al tercer mundo, ofreciéndole una alternativa moderna y democrática al colonialismo europeo; en oposición a ello, el proyecto neoconservador del siglo XXI ofrece un giro antimoderno que apuesta por regresar a un pasado nostálgico, lugar al que quizá el sur global no esté interesado en regresar.

Consideraciones finales

La serie de televisión *For All Mankind* (Moore, 2019) es una ucronía que parte de una premisa particular: que es la Unión Soviética la que llega primero a la luna y con ello no solo se pone a la vanguardia de la carrera espacial y tecnológica, sino que se ubica a las puertas de ganar la Guerra Fría haciendo que ésta continúe indefinidamente. Las declaraciones de Trump en el marco de su campaña presidencial prometieron tomar las medidas necesarias para lograr la preeminencia tecnológica de los Estados Unidos en campos cruciales para el futuro como lo son la computación cuántica o la elaboración de microprocesadores; la incorporación de oligarcas, dueños de empresas tecnológicas en el círculo más cercano del mandatario —del que el más notorio es Elon Musk, cabeza de la industria aeroespacial norteamericana— da muestras de que para asegurarse la victoria en esta nueva Guerra Fría también es necesario estar a la vanguardia en innovación.

Empero, a diferencia del siglo XX y más en consonancia con la referida serie de ciencia ficción, los Estados Unidos parecieran estar ligeramente rezagados frente a China en varios campos de la carrera científica —concretamente en 37 de las 44 tecnologías del futuro (Gaida et al., 2022)— con los riesgos que ello conllevaría para el desarrollo del conflicto. Entre tanto, pareciera que desde Washington ven que detrás de la conversión de la RPCh en el taller del mundo está la razón del avance tecnológico logrado y por ello la necesidad no solo de desacoplar a China de occidente sino de iniciar un acelerado proceso

12 Las cuatro promeras presentadas por el Proyecto 2025 para lograr este fin son: «restaurar la familia como eje central de la vida estadounidense y proteger a nuestros hijos»; la segunda, «desmantelar el estado administrativo y devolver el autogobierno al pueblo estadounidense»; la tercera, «defender la soberanía, las fronteras y la riqueza de nuestra nación contra las amenazas globales»; y la cuarta, «garantizar nuestros derechos individuales otorgados por Dios a vivir libremente, lo que nuestra Constitución llama «las bendiciones de la libertad» (Roberts, 2023, 3).

de reindustrialización que llevó a Washington a cuestionarse algunas de las bases del neoliberalismo, dominante las últimas tres décadas. Es el anterior planteamiento el que ayuda a comprender el esfuerzo del gobierno de Beijing por evitar el establecimiento de un nuevo sistema de Guerra Fría, pues pese a sus objeciones al unipolarismo, lo cierto es que las instituciones multilaterales y la promoción del comercio han sido ciertamente útiles para sus objetivos estratégicos.

Mientras tanto Rusia, la otra de las grandes potencias estudiadas, aguarda en aras de salvaguardar sus intereses dentro de su alianza con China donde pareciera estar dispuesta a compartir con su socio sus áreas de interés en Asia central; esto, al tiempo que avanza el desacople con Europa que pareciera ser si no definitivo, al menos sí duradero en un tiempo mediano. El aparente éxito de la política estadounidense apartando a Moscú de Europa pareciera que puede jugar en contra del interés de Trump por alejar a Putin de Xi Jinping, pues lo que pueden ofrecerle los Estados Unidos a Rusia es una serie de concesiones en su área de influencia histórica, manteniendo un delicado equilibrio para que esto no termine afectando la credibilidad estratégica de los norteamericanos con sus socios de la OTAN; lo que en todo caso no es garantía de que Rusia vaya a ser neutral en el conflicto entre Washington y Beijing.

Los problemas derivados del establecimiento de un nuevo sistema de Guerra Fría los hemos trazado sobre la base del desarrollo geopolítico del liberalismo y las contradicciones que el unipolarismo trajo con la gran estrategia de Rusia y China, mismos que hemos sintetizado en dos ejes: uno, que las grandes potencias tienen intereses distintos sobre este sistema donde Rusia y Estados Unidos lo desean con cierto tono que ha trascendido la nostalgia y se ha ubicado en una política de Estado; mientras que, por razones distintas ya esbozadas, mientras China lo rehúye.

En segundo término, destacamos el problema ideológico y es que la ausencia de una ideología clara que permita a los distintos polos del conflicto articularse contra el otro impide una movilización masiva del sur global —actor clave en el periodo de postguerra— en favor de cualquiera de los múltiples polos del nuevo sistema emergente, cuyos límites geográficos resultan tan porosos que Washington no ha logrado disuadir a casi ningún país de hacer negocios con Beijing.

En últimas, es la falta de esta guía ideológica a la que Trump ha pretendido apelar a través de su «revolución del sentido común», pero que se muestra incapaz de tener los alcances universalistas que tuvo el liberalismo en el siglo pasado, la que hace que la recuperación del concepto de Guerra Fría parezca un mero término dedicado a encubrir embates imperialistas, propiciados por

las contradicciones generadas por una serie de medidas que llevaron a occidente a trasladar su producción fuera de sus países. Fueron estas políticas las que llevaron al mundo a un ejercicio de aprendiz de hechicero, donde las consecuencias de la deslocalización generaron una serie de transformaciones que rápidamente se salieron de control y que en un giro imprevisible para los teóricos del neoliberalismo terminaron por convertir en pocos años a China —uno de los países más pobres de la tierra— en una potencia industrial y tecnológica cuyo tamaño es tal que resulta imposible aislarla y por tanto la respuesta occidental liderada por Trump, ha sido aislarse. Y junto a este aislamiento puso coto al universalismo liberal que agoniza por su propio éxito destruyendo los límites de la geopolítica y sin capacidad de volverlos a recomponer.

Referencias

- Aparicio Ramírez, Mariana. 2019. «Reflexiones en torno a la política comercial de Donald Trump: multilateralismo, acuerdos de libre comercio y guerras comerciales». *Norteamérica* 14 (2): 121–45. <https://doi.org/10.22201/cisan.24487228e.2019.2.382>.
- Belmonte, Laura A.. 2008. *Selling the American way : U.S. propaganda and the Cold War*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Brands, Hal, y John Lewis Gaddis. 2021. «The New Cold War: America, China, and the Echoes of History». *Foreign Affairs* 100 (10): 10–20.
- Cammaerts, Bart. 2022. «The abnormalisation of social justice: The ‘anti-woke culture war’ discourse in the UK». *Discourse and Society* 33 (6): 730–43. <https://doi.org/10.1177/09579265221095407>.
- Carlson, Tucker. 2024. «Interview to Tucker Carlson». Russia: President of Russia. <http://en.kremlin.ru/events/president/news/73411>.
- Diamond, Larry. 2024. «How to End the Democratic Recession: The Fight against Autocracy Needs a New Playbook». *Foreign Affairs* 103:126. <https://www.foreignaffairs.com/world/how-end-democratic-recession-autocracy-larry-diamond>.
- Díaz Guevara, Héctor Hernán. 2022. «‘Los cóndores que cazaban tigres de papel’. Una historia comparativa del maoísmo durante la Guerra Fría en Colombia y Perú (1964-1993)». Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- . 2023a. «La apuesta por el multilateralismo y Latinoamérica: la gran estrategia china y la formación de un mundo multipolar». En *¿El siglo chino? Política, geopolítica y transformación nacional*, 141–53. San José de Costa Rica: Sistema de Integración Centroamericana.
- . 2023b. «Más allá de la Guerra Fría: cambios y continuidades en la disputa ideológica y tecnológica por el tercer mundo entre Estados Unidos y China». *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* 63 (248): 141–70. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2023.248.78078>.
- EFE. 2021. «Nostalgia soviética: más del 60% de los rusos lamenta la caída de la URSS». *El Confidencial*, el 22 de diciembre de 2021. https://www.elconfidencial.com/mundo/europa/2021-12-22/urss-nostalgia-sovietica-rusia-caida-60-por-ciento-rusos_3346180/.
- Fazio Vengoa, Hugo Antonio. 2010. *La Historia del Tiempo Presente: historiografía, problemas y métodos*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Ferguson, Nial. 2025. «How to Win the New Cold War: To Compete With China, Trump Should Learn From Reagan». *Foreign Affairs* 104 (1).
- Ferguson, Niall. 2019. «The New Cold War? It’s With China, and It Has Already Begun». *New York Times*, el 2 de diciembre de 2019. <https://www.nytimes.com/2019/12/02/opinion/china-cold-war.html>.
- Flint, Colin. 2006. *Introduction to geopolitics. Introduction to Geopolitics*. New York:

Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781003138549-1>.

Gaida, Jamie, Jennifer Wong-Leung, Stephan Robin, y Danielle Cave. 2022. «The global race for future power Who is leading the critical technology race? Compare Quad countries 4 against China in Quantum computing». www.aspi.org.au.

Hanhimäki, Jussi M. 2014. «The (really) good war? Cold War nostalgia and American foreign policy». *Cold War History*. Routledge. <https://doi.org/10.1080/14682745.2014.950245>.

Hillman, Jennifer. 2023. «China's Entry into the WTO. A Mistake by the United States?» En *China and the WTO*, editado por Henry Gao, Damian Raess, y Ka Zeng, 400–426. New York: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/9781009291804.023>.

Judt, Tony. 2018. *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Taurus. Vol. 1. Santillana.

Kendall-Taylor, Andrea, y Michael Kofman. 2025. «Putin's Point of No Return». *Foreign Affairs* 104 (1). <https://www.foreignaffairs.com/russia/putins-point-no-return?check>.

Khinkulova, Kateryna. 2012. «Hello, Lenin? Nostalgia on Post-Soviet Television in Russia and Ukraine». *VIEW Journal of European Television History and Culture* 1 (2): 94–104. <http://www.telekritika.ua/telebachennya/2007-11-06/34742>.

Krickovic, Andrej. 2014. «Imperial nostalgia or prudent geopolitics? Russia's efforts to reintegrate the post-Soviet space in geopolitical perspective». *Post-Soviet Affairs* 30 (6): 503–28. <https://doi.org/10.1080/1060586X.2014.900975>.

LeDonne, John P. 2004. *The Grand Strategy of the Russian Empire, 1650-1831*. New York: Oxford University Press. www.oup.com.

Legvold, Robert. 2014. «Managing the New Cold War: What Moscow and Washington Can Learn From the Last One». *Foreign Affairs* 93 (4): 74–84.

Lewis Gaddis, John. 2019. *Grandes Estrategias*. Taurus.

Lukin, Alexander. 2003. *The Bear Watches the Dragon. Russia's Perceptions of China and the Evolution of Russian-Chinese relations Since the Eighteenth Century*. Routledge.

Manor, Ilan, y James Pamment. 2022. «From Gagarin to Sputnik: the role of nostalgia in Russian public diplomacy». *Place Branding and Public Diplomacy* 18 (1): 44–48. <https://doi.org/10.1057/s41254-021-00233-3>.

Marangé, Céline. 2019. «Rusia». En *Comparative Grand Strategy. A Framework and Cases*, 50–72. New York: Oxford University Press.

Markova, María. 2020. «The Political Use of Soviet Nostalgia to Develop a Russian National Identity». *EInternational Relations*, julio. <https://www.e-ir.info/2020/07/14/the-political-use-of-soviet-nostalgia-to-develop-a-russian-national-identity/>.

Mearsheimer, John J. 1990. «Back to the Future: Instability in Europe after the Cold War». *International Security*. Vol. 15. <http://links.jstor.org/sici?sici=0162-2889%28199022%2915%3A1%3C5%3ABTTFII%3E2.0.CO%3B2-Y>.

Müllerson, Rein. 2017. *Dawn of a New Order. Geopolitics and the Clash of Ideologies*. London: I.B. Tauris. www.ibtauris.com.

Olstein, Diego. 2021. *A brief history of now: The past and present of global power. A Brief History of Now: The Past and Present of Global Power*. Palgrave Macmillan. <https://doi.org/10.1007/978-3-030-82420-4>.

Pacheco Méndez, Guadalupe. 2024. «La estrategia de seguridad nacional de Rusia y el conflicto con la OTAN y Ucrania». *Política y Cultura*, núm. 61 (junio), 9–38. <https://doi.org/10.24275/AOTH1275>.

Paine, S. C. M. 1996. *Imperial Rivals. China, Russia, and Their Disputed Frontier*. New York: M. E. Sharpe, Inc.

Putin, Vladimir. 2001. «Speech in the Bundestag of the Federal Republic of Germany». En *President of Russia*, 1–10. Berlin: President of Russia.

Roberts, Kevin D.. 2023. «A Promise to America». En *Mandate for Leadership: The Conservative Promise 2025*, 1–17. Washington D.C.: The Heritage Foundation.

Sanz Díaz, Carlos, y José Manuel Sáenz-Rotko. 2022. «¿Segunda Guerra Fría? Un análisis desde la Historia y las Relaciones Internacionales». *Relaciones Internacionales*, núm. 51 (octubre), 167–84. <https://doi.org/10.15366/relacionesinternacionales2022.51.009>.

Schindler, Seth, Ilias Alami, Jessica DiCarlo, Nicholas Jepson, Steve Rolf, Mustafa Kemal Bayırbağ, Louis Cyuzuzo, et al. 2024. «The Second Cold War: US-China Competition for Centrality in Infrastructure, Digital, Production, and Finance Networks». *Geopolitics* 29 (4): 1083–1120. <https://doi.org/10.1080/14650045.2023.2253432>.

Todd, Emmanuel. 2012. *Después del imperio*. México: Akal.

Traverso, Enzo. 2024. *Gaza ante la historia*. Madrid: Akal.

Trenin, Dimitri. 2014. «The Crisis in Crimea Could Lead the World into a Second Cold War». *The Guardian*, el 2 de marzo de 2014. <https://www.theguardian.com/commentisfree/2014/mar/02/crimea-crisis-russia-ukraine-cold-war>.

Xi Jinping. 2022. «Informe presentado ante el XX Congreso Nacional del PCCh». En *Agencia de Noticias Xinhua*, 1–62. Beijing: Agencia de Noticias Xinhua.

Yee, Herbert S. 1983. «The Three World Theory and Post-Mao China's Global Strategy». *International Affairs* 59 (2): 239–49.

Yi Chu. 1989. «Sino-Soviet Relations: Review and Prospect». *Beijing Review*, el 22 de mayo de 1989.